LA ANTORCHA

Año VII — Boletín del Núm. 281
Buenos Aires, Noviembre 14 1928

SEMANARIO ANARQUISTA

Número suelto 0.10 Ctvs. — Subscripción trimestral $ 1.20

TODA CORRESPONDENCIA
a DONATO A. RIZZO
Venezuela 4146 - Rep. Argentina

Huelga General por Radowitzky

Los gremios foristas la harán por 24 horas y muchos autónomos por tiempo indeterminado. Que el pueblo vuelque su acción en ella para llevarla, en desbordado ímpetu, más allá de los límites fijados

AHORA! HOY!

Nosotros decimos esto a los revolucionarios de todos los sectores: no adelantaréis un paso en vuestras conquistas, sino conquistáis primero la paz de vuestras conciencias libertando de la cárcel al que os libró de un tirano, os lavó de oprobio el rostro y os dió, en fin, la sensación de que érais algo más que pisoteados esclavos. No se avanza si no se tiene la alegría de la marcha, la seguridad, a la vez consciente y física, de que lo que se deja a la espalda está superado, es ya un deber bien cumplido. Y nosotros y vosotros — oh! revolucionarios de la Argentina! — lo confesemos o no, tenemos, como un clavo en el talón, hecho pústula sangrante, el remordimiento de Radowitzky.

Ese, hoy hombre moribundo, pero altivo, es aquel niño glorioso que dió la cara por todos los que le daban la espalda al crimen; que hizo de un pueblo humillado un pueblo heroico; que transformó aquella noche de terror injusto y negro en día radiante y justiciero. Es inútil que querramos olvidarlo, avanzar solos, abandonarle a los lobos que ahora le despedazan. No podemos; no podremos. Nuestra conciencia y la vuestra — oh, revolucionarios de todos los sectores! — hablará siempre más alto que cualquier llamado de una conquista inmediata; hablará como sólo el dolor de las almas habla; como hablan las pústulas en los talones. Hablarán nuestras llagas! Y sombríamente inmóviles, permaneceremos siempre, sin partir nunca de los alrededores de la cárcel en que él se muere esperándonos.

Nunca o ahora. ¡Ahora sea, por la alegría de la marcha hacia la total justicia, Simón Radowitzky libre por las manos de aquel pueblo al que él libró de un tirano! ¡Ahora! ¡Hoy!

LA UNICA ACCION VALEDERA

Radowitzky, que ha sido siempre bien explícito, que no ha dejado nunca, ni en su gesto heroico ni en sus palabras, lugar a dudas sobre lo que quería y como lo quería, ni se prestó tampoco a diferentes interpretaciones, ha fijado, rotundo y claro como siempre, el verdadero carácter de la agitación empeñada por su libertad, que nosotros nos esforzamos en destacar desde el principio como una de las condiciones del éxito.

"*No quiero* — afirmó — *que se pida indulto por mí. Si algo ha de hacerse debe ser por la fuerza popular*".

Y esta voluntad del héroe, inquebrantable como su entereza ante el martirio horrendo, merece el respeto, no sólo de sus compañeros, los anarquistas, que saben, deben saber por sí mismos orientar su acción en coherencia con sus ideas, sino también de todos aquellos que, aun no participando de ellas, se sienten movidos, por generoso impulso solidario, a luchar por su liberación. No basta, no, amar a Radowitzky, ni admirar su bello gesto y noble vida; es preciso también respetarlo en sus ideas, y en su actitud frente a los jueces, no interponiendo, a pretexto de favorecerlo, recursos que repugnan a su conciencia anarquista y que significan, por lo mismo, un agravio para él.

Y nosotros, los anarquistas, que reivindicamos altamente, sin reservas ni atenuantes, su acto vindicador, debemos preservarlo de tal agravio, que debe afectarnos tanto como a él, imprimiendo a la lucha el debido carácter, el solo que será grato a Radowitzky y el único que puede ser eficaz sin desdoro: la solidaridad del pueblo haciendo valer su exigencia contra los poderes del Estado por la presión de su actuante potencia rebelde.

La huelga general por tiempo indeterminado responde justamente a la necesidad de mantener la lucha en su verdadera línea y de extremar su eficacia por la mayor intensificación y extensión de los esfuerzos colectivos.

Bien sabemos que no bastará, para triunfar en esta pueblada, el simple exponente de la solidaridad moral del proletariado hacia el mártir de Ushuaia, ya expresada sin resultado desde hace tiempo. Se requiere más, mucho más, para vencer las resistencias que a ello se oponen. Es preciso que la solidaridad pase de la palabra al hecho, de la expresión moral a la expresión de fuerza, y que ésta adquiere una potencia y una continuidad tales que comprometa seriamente el normal desenvolvimiento de la vida económica de la nación, en cuya situación, la burguesía, herida en sus intereses vitales, y el gobierno, reclamado por ella para poner remedio a tal estado de cosas, y preocupado él mismo por el creciente empuje del oleaje popular, se vean forzados a ceder, de viva fuerza, lo que nunca otorgarán de grado, por que Radowitzky representa para ellos la siempre presente justicia popular, con la que siempre están en deuda todos los gobernantes.

Infantil es, si no infame, especular como algunos lo hacen sobre las diferencias políticas que separan a los gobernantes de hoy de los de ayer, suponiendo que no pueden cargar con la responsabilidad de los crímenes que cometieron estos últimos. Todos los gobernantes, por más enconadas que sean sus rivalidades partidistas, están unidos contra nosotros, los anarquistas. Forman un solo bloque, unidos por la razón de Estado como por una moral de gavilla de bandidos, afirmados en el mal, coaligados contra el bien. Su solidaridad está, pues, por encima de toda rivalidad ¿Y cómo no ha de sentirse solidario el gobierno de Irigoyen, responsable de las masacres de Santa Cruz y de la semana de enero, con los gobiernos anteriores, cuyos crímenes superó?

Radowitzky hirió en Falcón al Estado. Y es contra el Estado que debemos insurgir nosotros, al entero proletariado, con la más vasta y potente acción, para arrancarle la libertad de Radowitzky.

Toda ilusión de fácil conquista, como toda esperanza que no finque en la fuerza popular que Simón invoca, conspiran contra la causa de su libertad y de su vida. Inducen al desanimo y la inacción, y atrofian la energía que el generoso sentimiento solidario suscita, al adormecerla en la mesiánica espera de la salvación del cautivo de Ushuaia por el favor de los de arriba.

Conscientes de eso, arremetamos contra tales ilusiones y esperanzas desviadoras, llevando la acción a su plano natural por los solos recursos de la acción directa.

"SON LOS GAJES DEL OFICIO!"

Es la frase de Falcón moribundo, ni siquiera original. Ya mucho antes la había pronunciado Humberto I cuando el atentado de Passanante. Pero, original o no, es siempre justa, y es bueno que la recuerden, poniendo la barba a remojar, cuantos se sienten llamados a ser émulos de aquél.

Declaración de Radowitzky

"*Maté porque el 1o. de Mayo de 1909, el Coronel Falcón, al frente de los cosacos americanos, dirigió la masacre contra los trabajadores. Mi indignación llegó al máximum cuando sufrí la vergüenza de comprobar que los* representantes *del pueblo en las cámaras aplaudían la actitud del citado jefe de policía.*

"*Soy hijo del pueblo trabajador, hermano de los que cayeron en la lucha contra la burguesía, y, como la de todos, mi alma sufría por el suplicio de los que murieron esa tarde, solamente por creer en el advenimiento de un porvenir más libre, más bueno para la humanidad...*"

ADELANTE, COMPAÑEROS!

Entramos a esta batalla por Radowitzky besados por la tragedia. El primer soplo que nos orea la cara es un huracán de fuego, el estallido de una bomba. No somos cínicos ni despavoridos: nos descubrimos ante la inocente víctima, pero, gritando siempre: ¡adelante, compañeros!

Hay como una fatalidad lista para entrar en juego cada vez que el pueblo pelea por Radowitzky. Parece que fuera él mismo que dispersara su vida, hecha de quemante angustia, sobre nosotros. Invocarlo no más es levantar la temperatura ideal, desparramar fulminantes, caldear los ánimos. Y esto, lealmente lo declaramos, entra también en nuestras resoluciones. Resueltos estamos a libertarlo, y no en la paz, sino con todas las armas.

No hay tragedia más grande ni espeluznante que la que Radowitzky vive en Ushuaia. La nuestra misma es nada más que un reflejo de la de su agonía. Que nos lo devuelvan vivo, y después conversaremos sobre estas bombas.

Ahora, lo declaramos lealmente: todas nos parecen ser pedazos de sus pulmones, gritos de su altivez ofendida, angustias, dolores suyos que explotan. Y, responsables siempre, diremos nuestro pensar hasta lo último: no estamos muy seguros de que esas bombas no sean también nuestras propias intenciones contra todos los burgueses.

Entramos a esta batalla besados por la tragedia. Nos saludan pavesas, resplandores y estallidos. Adelante, compañeros! ¡Viva Simón Radowitzky!

La acción policial

No somos nosotros solos los que estamos convencidos de la importancia que alcanzará la huelga general por Radowitzky, sino también la policía. Mirad sino: nunca como ahora, en las demás jornadas huelguistas en que se ha ido jalonando esta campaña, la policía ha puesto en juego sus recursos represivos: vigilancia de locales, allanamientos de domicilios, prisión de compañeros, secuestro de propaganda, etc. Es la confesión, lisa y llana, del temor que les embarga ante el peligro seguro de una huelga, que los sabuesos del orden burgués quieren reducir en sus proporciones, coartando en toda forma la actividad proselitista a pretexto de la explosión de una bomba, cuya posible intención no aparece claramente, como es virtud en los atentados anarquistas. Pero todo esfuerzo en ese sentido será inútil empeño. El ánimo proletario ya está en su máxima tensión y la huelga saldrá de él, silbadora y certera como una flecha, a hacer blanco en el enemigo infame que persiste en los mismos métodos represivos que costaron a Falcón la vida. Nada se pierde!

PORQUE MATAMOS

Hay muchos juegos en que seremos batidos siempre por los burgueses; el de matar es uno de éstos. Nos han ganado toda la vida y nos seguirán ganando. Nos falta escuela, estilo y vocación latente. Y aún ésta que hemos visto alguna vez en tal cual hombre del pueblo, luego de hacerse anarquistas se les ha resuelto en otra clase de fiereza; la del odio a la mentira, por ejemplo, o la voluptuosidad enfermiza del arrepentimiento. A este respecto, también ahora recordamos que, de los centenares de cartas que diariamente recibía Tolstoy pidiéndole luces, ayuda moral, migajas de paz para el hambre de sus conciencias, la mayoría eran de los llamados delincuentes.

El crimen que, para serlo realmente, precisa obedecer a otras causas que estas comunes que impulsan a los criminales clásicos: — hambre, despecho, tupimiento cerebral — está por sobre las aptitudes del pueblo y por bajo de la gente adoctrinada. Estos seres tienen de la vida agena, o un concepto sagrado o una noción pudorosa. La aniquilan con vergüenza o la adoran en secreto. Ni unos ni otros pondrían cátedra, harían escuela, cultivarían a nadie para el asesinato.

Esta tarea corresponde totalmente a los burgueses. Ellos, sí, son criminales porque tienen la conciencia de que matar es preciso, lógico, legal. Han bandeado todo pudor o respeto y han puesto el asesinato en el orden físico de una de sus tantas necesidades públicas. Como tener queridas y asalariados.

Y es de esto que deducimos que a matar nos tienen que ganar siempre, que por ese camino llevamos perdido el juego a muerte en que con ellos estamos trenzados. No a matarlos, sino a hacerles imposible el crimen tienden nuestras acciones y nuestras propagandas. Muerto lo que los determina asesinos, que es la apropiación de la vida de los hombres y la tierra, se les acaba el *trabajo* y se les pone en esta disyuntiva: o productores o suicidas.

Pero en tanto que eso llega, a asesinar y a robar nos tienen que ganar fácil. Por qué matamos, entonces?... Por qué mató Radowitzky a Falcón, Wilckens a Varela, tantos nuestros a tantos de ellos?... Eran tupidos mentales, locos desesperados, cínicos despreciadores de la vida agena?...

Pongamos las cosas, sin exageración verbal ni reservas doctrinarias, en el plano físico de los hechos. El de los nuestros que mata, lo hace siempre partiendo de esta verdad terrible: su víctima es un asesino; su vida es una amenaza de constante muerte para muchos; no hay ninguna posibilidad de pararle en su carrera como no sea matándole. Sabe que con él no va a suprimir del universo el crimen, como sabe el que nos limpia el rostro de lágrimas que no nos arranca el dolor del alma. Pero nos alivia, nos consuela, nos ayuda a aguantar la vida.

Sin hombres como Radowitzky y con fieras como Falcón, sería cuestión de suicidarse. El anarquista lo sabe. Y mata para que vivamos.

R. González Pacheco.

Sin Reservas ni Limitaciones

Siempre la odiosa excusa, la torpe mentira que mal encubre el deliberado propósito de substraerse, por un pretexto u otro, al deber solidario, es la que se oye de parte de los dirigentes camaleónicos, toda vez que una causa de justicia, un motivo de agitación popular reclaman la acción compacta y acometedora del entero proletariado. Inoportunidad del momento, falta de ambiente, desorganización reinante, necesidad de no exponer los cuadros gremiales a una acción decisiva que pudiera destruirlos o debilitarlos, son las frases de cajón con que sale del paso habitualmente para *fundamentar* la deserción de la lucha, el desistimiento traidor, cuando no el infame ataque derrotista. Nada nuevo, por lo demás. Así se ha expresado siempre la voz de la traición, hasta en los momentos mismos en que la masa general de los obreros, rompiendo los diques que la disciplina sindical opone a su ímpetu solidario, afirma ejemplarmente con rotundos hechos su capacidad para la acción, la oportunidad de la lucha, el ambiente propicio, y enseña que no es en la inacción atrofiadora donde se robustecen los cuadros gremiales y se acendra la conciencia obrera, sino en la pelea, en la acción sostenida y porfiadora, que no espera el ambiente favorable sino que lo crea, segura de que las energías se multiplican en tanto que se las emplea.

Que nadie se deje inducir al desánimo ni se incline al pesimismo ante el concierto gallináceo que se levanta desde ciertos centros directivos gremiales. Recuerden que no ha habido nunca aquí pelea grande, corajuda campaña de agitación, pueblada linda, que no haya sido cumplida sin ese acompañamiento cobarde, que nada pudo, ni podrá en esta ocasión, para disminuir el temple de las armas, aflojar la tensión del esfuerzo, ni debilitar la voluntad de acción del proletariado. Basta que el pueblo quiera, que cada uno de nosotros quiera realmente y ponga en ello sus energías por entero, para que esas voces desaparezcan, borradas por el fragor del entrevero, para trocarse acaso después, — a hecho cumplido, cuando el espontáneo impulso popular signó triunfalmente con su fuerza y con su audacia una bella jornada, — en un himno de victoria, que los derrotistas de la víspera se afanan en atribuirse.

Lo que nos importa es que la lucha alcance sus mayores extremos, y fuerce la acción de todos, aventando desistimientos y quebrantando limitaciones, a la huelga general por tiempo indeterminado, fiando la reivindicación de esta cruzada de justicia en el acto de fuerza obrera, en la expresión combatiente de la soberana voluntad de la revuelta salvadora que, mientras no sea satisfecha sin compromisos ni tortuosos medios, se renovará siempre en creciente empuje. Pero para eso es necesario encarar cada jornada como la decisiva, sin reservas de energías ni limitaciones de ninguna suerte. El esfuerzo debe estar en correspondencia de la grandeza del empeño. Y qué empeño más grande y bello que el de salvar de la cárcel y de la muerte a Simón Radowitzky? Seamos capaces, entonces, de superarnos a nosotros mismos en esta lucha.

Gran MITIN

en PLAZA DEL CONGRESO

el Miércoles 14 a las 16 horas